



blo de Israel fué vana en su promesa; todo fué cumplido al pié de la letra (1).

Así se cumple y realiza siempre en la vida de los pueblos la palabra de Dios, cuando fieles al cumplimiento de los eternos mandatos de

(1) Josué, 21, 9-21.

Aquel que es soberano y árbitro de los destinos de los imperios, no tienen estos en su marcha otra estrella que la esplendorosa de lo alto, ni otra norma en su conducta que la norma de lo bueno, de lo justo y de lo santo.

Por esta virtud, es el pueblo de Israel como el tipo y modelo, para enseñanza de los grandes problemas de la Historia.

CAPÍTULO V

Esterilidad actual de la Judea, y sus causas.—Pruebas y causas de su antigua fertilidad.—Inferioridad del Egipto.—Josué despide á los guerreros de Ruben, Gad y Manassés, que construyen un altar.—Resultados que produjo este supuesto atentado.—Promesas, amenazas y consejos de Josué.—Su muerte.—Sepulcro de José.—Su elogio.—Consecuencias prácticas.

Hoý, en verdad, no se ven en aquella tierra los arroyos de leche y de miel, de que Dios tan frecuentemente habla en la Escritura; pero este mismo castigo hace ver cuán fiel es Dios á su palabra. Había dicho á su pueblo: «Si observas mi ley, te bendeciré en las ciudades y en los campos; pero si no la observas, te maldeciré en los mismos y serás también maldito en tus empresas; el enemigo devorará á tu presencia los frutos de tus rebaños y los frutos de la tierra.» Y esto es lo que allí se ve hoy. Oigamos á un célebre escritor que lo ha presenciado:

«Jerusalén está en poder de un gobernador casi independiente; puede hacer impunemente el mal que le parezca, con tal de dar cuenta en seguida al pachá de Damasco. Se sabe que todo superior de Turquía tiene el derecho de delegar sus poderes á un inferior, y sus poderes se hacen extensivos á la propiedad y á la vida. Por algunos cuartos, un genízaro (guardia real) se hace un pequeño *aga*, y este *aga*, á su placer, puede quitar la vida ó rescatarla. Los verdugos se multiplican así en todas las aldeas de la Judea. La única cosa que se oye en aquel país, la sola justicia de que allí se trata, es por este estilo: *Pagará diez, veinte, treinta bolsas; se le dará quinientos bastonazos, se le cortará la cabeza*. Un acto de injusticia obliga á otra injusticia mayor. Si se despoja á un paisano, se ponen en necesidad de despojar al vecino; pues para librarse de la hipócrita integridad del pachá, es preciso tener, y esto constituye un segundo crimen, con que pagar la impunidad del primero.» Se creará quizá que el pachá, recorriendo su gobierno, lleva el remedio á sus

males y hace venganza á los pueblos; el pachá es el mayor azote de los habitantes de Jerusalén. Se teme su llegada como la de un jefe enemigo; ciérranse las tiendas; se ocultan en los subterráneos; se fingen moribundos sobre la estera, ó huyen á las montañas.»

«Yo puedo atestiguar la verdad de estos hechos, porque me he hallado en Jerusalén en el momento de la llegada del pachá. Abdallah es de una sórdida avaricia, como casi todos los musulmanes; en su cualidad de jefe de la caravana de la Meca y bajo pretexto de tener dinero para mejor proteger á los peregrinos, se cree en el derecho de multiplicar las exacciones; no hay recurso que él no invente. Uno de los que con más frecuencia emplea, es fijar un máximo muy bajo para los comestibles. El pueblo lo celebra muy gozoso, pero los mercaderes cierran sus tiendas. Comienza la división: el pachá entra en tratos secretos con los mercaderes, les da, por una cierta cantidad de dinero, permiso para vender con la tasa que ellos quieren. Los mercaderes tratan de resarcirse del dinero que han dado al pachá; ponen sus artículos á un precio muy elevado, y el pueblo, pereciendo de hambre, se ve obligado á despojarse hasta de su última prenda.»

«He visto al mismo Abdallah cometer una vejación más ingeniosa todavía. Había enviado su caballería para que cometieran toda clase de pillaje entre los árabes labradores del otro lado del Jordán. Aquellas buenas gentes, que habían pagado el impuesto y que no se creían en guerra, fueron sorprendidos en medio de sus tiendas y rebaños. Les robaron dos mil doscientas ca-



bras y carneros, noventa y cuatro terneras, mil borricos y seis machos de buena raza. Un europeo no podría imaginarse lo que el pachá hizo de este botín. Puso á cada animal un precio que excedía dos veces á su valor. Justipreció las cabras y carneros en veinte duros próximamente cada uno, y las terneras en ochenta. Envió, pues, las bestias así tasadas á los cortadores, á varios particulares de Jerusalem y á los jefes de las ciudades vecinas; era necesario tomarlos y pagarlos al precio estipulado bajo pena de muerte. Confieso desde luego que si no hubiera presenciado yo mismo esta doble iniquidad, me parecería de todo punto increíble. Por lo que hace á los asnos y caballos, quedaron en poder de los soldados, pues por un singular convenio entre aquellos salteadores, los animales de pezuña hendida pertenecen al pachá, y las demás bestias son patrimonio de los soldados.

»Después de haber así esquilado á Jerusalem, el pachá se retira. Pero á fin de no pagar á los guardias de la ciudad y para aumentar la escolta de la caravana de la Meca, se lleva consigo á los soldados. El gobernador queda sólo con una docena de esbirros, que no bastan para la policía interior, y mucho menos para la del país. El año anterior al de mi viaje, se vió obligado á guardarse en su casa para librarse de las pandillas de ladrones que pasaban cerca de las murallas de Jerusalem y estuvieron á punto de robar la ciudad.

»Apenas ha salido el pachá, cuando acontece de nuevo otra desgracia. Las ciudades devastadas se sublevan, se hacen la guerra unas á otras. Se interrumpen todas las comunicaciones, perece la agricultura, el paisano comete robos en las viñas y corta los olivos de su enemigo. El pachá vuelve al año siguiente, exige el mismo tributo á un país en el cual ha disminuido notablemente la población. Tiene necesidad, usa los medios más opresores y concluye por exterminar poblaciones enteras. Poco á poco se van haciendo extensos los desiertos; no se ve á lo lejos más que edificios arruinados, y á las puertas de estos edificios, cementerios siempre crecientes; cada año disminuye la población hasta el punto de que, no en época re-

mota, sólo quede el cementerio que sirva para indicar el lugar donde se alzaba tal ciudad ó aldea (1).»

Desde luego, todos convendrán con nosotros en que, bajo un gobierno que, en vez de proteger al país contra las frecuentes incursiones de los árabes ladrones, es él mismo el primer ladrón y el primer tirano, la Judea, habiendo sido un país más fértil que el paraíso terrenal, llegará á ser necesariamente un desierto.

Para saber, pues, lo que era la Judea antiguamente, es necesario consultar á los antiguos escritores. Un sábio moderno ha ido recogiendo todos los principales testimonios (2).

Por ellos se ve que el Egipto no igualaba á aquel país, ni aun le iguala, en dos producciones que, después del agua, son las más útiles al género humano: el vino y el aceite. Verdad es que el Egipto no escaseaba en olivos, pero no se podían comparar en cuanto á su buena clase con los de la Palestina (3). Salomon mandaba todos los años veinte mil medidas de aceite al rey de Tyro. Los egipcios tenían pocas viñas. Herodoto nos dice que para suplir el vino bebían un licor que hacían con la cebada (4). ¿Quién ignora la fama que tenían, aun entre las naciones más apartadas, las viñas de Ascalon, de Gaza y de Sarepta? Las uvas eran preciosas y los racimos sumamente grandes. Las viñas de Hebron, de Bethlehem, de Sorec y de Jerusalem, dan hoy todavía por punto general racimos que pesan siete libras.

«El vino de Jerusalem es excelente, dice M. de Chateaubriand en su *Itinerario*; tiene el color y gusto de nuestros vinos del Rossellon. Los terrenos que los producen son todavía hoy los de Engaddí, cerca de Bethlehem. En cuanto á los frutos, yo comía en Jerusalem y en Jafa uvas gordas, dátiles, granadas, sandías, manzanas ó higos de la segunda estación; los del

(1) *Itinerario de Paris á Jerusalem*, por M. de Chateaubriand, t. III, pág. 32, 1812.

(2) Roland, *Palestina monumentis veteribus illustrata*.

(3) Theophr., *De Historia plantarum*.

(4) Herod., lib. II, cap. LXXVII.



Sicomoro ó higuera de Faraon eran de la pasada. El pan era bueno y sabroso (1).»

Varias circunstancias concurrían á hacer tan fecunda la antigua Palestina: la excelente temperatura de su atmósfera, que no experimenta excesivos calores ni frios rigurosos; la regularidad de sus estaciones, y especialmente sus primeras y últimas lluvias; un suelo naturalmente fértil, craso, y que no exigía demasiado trabajo por parte del hombre. Unase á esto la división de las tierras hecha por Josué, que asignaba á cada tribu y á cada familia su porción. Todo israelita tenía su propiedad, de la que podía disponer trasmitiéndola á sus descendientes. De aquí el grande interés y especial esmero en su cultivo. En tiempo de paz descansaba bajo su higuera y su viña. Cuando la guerra reducía á su familia al estado de cautividad, podía venderla para rescatarla, pero volvía á adquirirla libre en el año del Jubileo. ¿Quién no ve cuánto pudo perfeccionar la agricultura semejante legislación?

Así, un viajero á la Tierra Santa nos dice: «Las mismas montañas y rocas que hoy son tan áridas, han estado en otro tiempo cubiertas de una tierra capaz de ser cultivada y para producir lo mismo que los llanos, y aun quizá más, porque sus alturas suministran un terreno más extenso que si todo el país estuviese llano. Para cultivar aquellas montañas, los habitantes recogían las piedras y las colocaban en diferentes filas á lo largo de las alturas y en forma de muralla; por este medio se impedía que las lluvias arrastrasen estos terrenos, y de esta suerte formaban excelentes capas, que se elevaban por grados unas sobre otras desde el pié de las montañas hasta su cima. No hay casi ninguna en la Palestina sobre la cual no se encuentren todavía vestigios de lo que vengo exponiendo. Así es como hasta las mismas rocas eran fecundas, no había siquiera una pulgada de terreno en todo el país, que no produjera alguna cosa útil para la conservación de la vida humana. Por otra parte, los llanos de aquella comarca producían trigo en abundancia, alimentaban un prodigioso número de ganados,

y consiguientemente suministraban abundante leche á sus habitantes (1).»

De esta manera se explican aquellos arroyos de leche de que nos habla la Escritura; otro tanto sucede con los arroyos de miel. Además de las palmas y el bálsamo de Jericó, de que hemos oído hacer grandes elogios á Estrabon, Justino y Plinio, había en la Judea un prodigioso número de árboles frutales, todos de la mejor especie, y que podía considerárseles perpetuos, porque siempre estaban verdes y nuevas yemas brotaban constantemente de sus ramas. Las viñas daban dos frutos por año, y algunas veces tres. Los habitantes conservaban las uvas, los higos, ciruelas y demás frutas. Tenían miel en abundancia, que corría de los árboles y aun de las mismas rocas. Los naturalistas y viajeros no están conformes, en si aquella miel era producto de las abejas, por ellas allí depositada, ó si procedía de otro origen desconocido. Por último, allí se cultivaban excelentes cañas de azúcar.

San Jerónimo dice, pues, con justa razón: «No hay ningún lugar tan fértil como la tierra prometida, si prescindiendo de los países montañosos y desiertos, consideramos su extensión desde el torrente del Egipto hasta el río Eufrates, y por el Norte hasta el monte Tauro y cabo de Zefyrion en Cilicia (2).»

Los autores profanos se explican lo mismo que San Jerónimo. «Los judíos, dice Hecates, escritor griego contemporáneo de Alejandro el Grande, poseen cerca de tres millones de fanegas de tierra de primera calidad, y abundante en toda clase de frutos (3).»

«El país que ellos habitan, dice Tácito, termina por el Oriente, donde comienza la Arabia; al Mediodía confina con el Egipto; al Poniente con la Fenicia y el mar; por el Septentrion con la costa de Siria; los hombres son allí muy sanos y robustos; las lluvias poco frecuentes, y el suelo muy fértil. Las producciones de nuestros climas son allí demasiado abundantes, y

(1) Maund, *Viaje de Alepo á Jerusalem* en 1697.

(2) Hieron., *In Isai.*, lib. II, c. V. *In Ecceq.*, libro II, c. XX.

(3) Josefo, *Contra Appion*, lib. I, c. VIII.

(1) *Itinerario*, etc., tomo II, pág. 342.



con ellas el árbol del bálsamo y la palmera (1).» Juliano el apóstata, enemigo declarado de judíos y cristianos, exageró la fecundidad de la Palestina; en sus epístolas hace mención con frecuencia de la abundancia y excelencia de sus frutos y otras producciones, así como de su perpétua sucesión durante todo el año.

Hasta los desiertos que limitan la Palestina al Mediodía, la proporcionaban ricas é inapreciables ventajas, pues no hay que creer que sean absolutamente arenosos y quemados por el ardor del sol. Encontrábanse en ellos abundantes pastos, en donde los pastores de los patriarcas y los de Gerara habían tenido querellas, como se ve en el Génesis. Pueden compararse estos desiertos con las landas de Bretaña, en Francia, en donde pastan todo el año los ganados de los vecinos de la localidad.

Cuando después de esto se compara á Egipto, de donde salieron los hijos de Israel, con la tierra de Canaan, adonde entraron, el último país le excede mucho en bondad. La fertilidad del Egipto es excesiva cuando la crecida del Nilo se verifica en la medida necesaria; entonces el cultivo se reduce á remover un poco el limo formado por el río, para arrojar en él las semillas, y el pueblo permanece en la indolencia y en la inacción, lo cual le afemina necesariamente. ¿Pero á qué peligro no se ve expuesta la nación entera, cuando durante algunos años consecutivos, lo que no es raro, se desborda poco el Nilo, ó no crece lo bastante? La inundación de este río, tan necesaria al Egipto, es para este país una fuente de enfermedades pestilentes, cuando estas aguas llegan á corromperse en los sitios bajos. De aquí proceden una multitud de insectos que atormentan día y noche á los animales. La arena misma, depositada por el Nilo y levantada después por el viento, viene á ser una peste para los ojos y les debilita; en ningún país del mundo hay tantos ciegos como en Egipto. Esta misma arena infecta los alimentos, por mucho cuidado que se tenga en encerrarlos; turba el reposo de la noche, porque penetra hasta en

(1) Tácito, *Hist.*, lib. V., c. VI. Amm. Marcel., lib. XIV, c. VIII.

el interior de los lechos, á pesar de todas las precauciones. En el alto Egipto, los calores son insoportables. La Palestina no está sujeta á estos inconvenientes; las montañas y las lluvias templan el ardor del clima; la tierra, exigiendo más cultivo, endurece al hombre con el trabajo, y le procura así, con más energía en el alma, una constitución más robusta de cuerpo.

Así un sábio moderno, que no solamente ha viajado por los dos países, sino que ha permanecido en ellos para estudiarlos con más cuidado, nos representa al Egipto como un país malo, desagradable, incómodo bajo todos conceptos, en el cual los viajeros no tratan de penetrar en él más que para visitar sus ruinas, mientras que, bajo un gobierno ménos opresor y ménos insensato que el de los turcos, la Siria, comprendiendo en ella la Judea, sería la más deliciosa morada de la tierra (1).

Hé aquí cómo, amigos y enemigos, antiguos y modernos, con frecuencia sin pensar en ello, confirman lo que se dice en la Escritura, que Dios dió á su pueblo una excelente tierra, una tierra en donde corrian arroyos de leche y de miel.

Cuando Josué la dió en posesión, llamó á los de las tribus de Ruben, de Gad y de la mitad de la tribu de Manassés, y les dijo: «Habeis hecho todo lo que os habia mandado Moisés, siervo del Eterno; me habeis igualmente obedecido en todo lo que os he mandado, y en tan largo tiempo (hacia siete años) no habeis abandonado á vuestros hermanos hasta este día, sino que habeis fielmente observado los mandatos del Señor vuestro Dios. Ahora pues, que el Eterno, vuestro Dios, ha dado el reposo á vuestros hermanos, según lo habia prometido, id y volved á vuestras tiendas en la tierra que Moisés, siervo del Eterno, os dió al otro lado del Jordán. Tened solamente cuidado de observar exactamente la ley y la doctrina que Moisés, siervo del Eterno, os ha prescrito, á fin de que ameís al Eterno, vuestro Dios, marcheís en todos sus caminos, guardéis sus mandamientos, os unáis á él y le sirvais con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma.» Añadió: «Volved á vuestras moradas con grandes riquezas

(1) Volney, *Voyage en Syrie et en Egypte*, t. I, etc.



en oro, plata, cobre, hierro y vestidos de todas clases. Partid con vuestros hermanos, que han quedado en Galaad, el botín que os ha correspondido de vuestros enemigos, según el mandato del Eterno.» Después de lo cual Josué les bendijo y les despidió.

Los hijos de Ruben y los hijos de Gad, con los de la mitad de la tribu de Manassés, se retiraron, pues, de con los hijos de Israel que estaban en Silo, en la tierra de Canaan, y partieron para volver á Galaad, la tierra de su posesión, que les habia sido concedida por Moisés, según el mandato del Eterno. Y cuando llegaron á los límites del Jordán, en la tierra de Canaan, construyeron cerca del Jordán un altar de una gran magnitud.

Cuando los hijos de Israel supieron por mensajeros fieles que los hijos de Ruben y de Gad y los de la mitad de la tribu de Manassés habian levantado un altar en la tierra de Canaan, sobre los confines del Jordán, en frente de los hijos de Israel, se reunieron todos en Silo para salir á combatir contra ellos.

Se habia dicho en la ley: «Si en alguna de las ciudades que el Señor te dará para habitar oyeres á algunos que dicen: Hijos de Belial han salido de en medio de tí y han pervertido á los moradores de su ciudad, y han dicho: Vamos y sirvamos á dioses ajenos que no conocéis; infórmate con cuidado, y averiguada bien la verdad del hecho, si hallares que es cierto lo que se dice, y que efectivamente se ha cometido una tal abominación, inmediatamente pasarás á cuchillo á los moradores de aquella ciudad, y la destruirás con todas las cosas que hay en ella, hasta los ganados. Y cualesquiera muebles que hubiere, los juntarás en medio de sus plazas y los quemarás con la ciudad, de modo que todo lo consumas en honor del Señor Dios tuyo, y quedará reducida á un montón eterno de ruinas, y no se volverá á edificar; y nada de lo que esté sujeto á este anatema permanecerá en vuestras manos, á fin de que el Eterno aparte de tí su cólera, tenga misericordia de tí y te multiplique como juró á tus padres (1).»

(1) Deut., 13, 12-17.

Tal era la terrible sentencia que los hijos de Israel se disponían á ejecutar contra las tres tribus que acababan de abandonarlas.

Entre tanto, enviaron á ellos, en la tierra de Galaad, á Fineés, hijo de Eleazar, gran sacerdote, y con él diez de los principales, uno de cada tribu, los cuales vinieron á los hijos de Ruben y de Gad y de la media tribu de Manassés á la tierra de Galaad, y les dijeron: «Esto nos manda decirnos todo el pueblo de Jehová: ¿Qué prevaricación es esta? ¿Por qué habeis abandonado al Señor Dios de Israel, edificando un altar sacrilego, y separándoos de su culto? ¿Os parece aún poco el haber pecado en Beelfegor, y que la mancha de este delito permanezca en nosotros hasta el día de hoy? Pues por eso perecieron muchos del pueblo. Y vosotros habeis hoy dejado al Señor, y mañana se ensañará su ira contra todo Israel. Si creéis que es inmunda la tierra de vuestra posesión, pasad á la tierra en donde está el tabernáculo del Señor, y habitad entre nosotros; solamente que no os apartéis de Jehová, ni de nuestra compañía, edificando otro altar fuera del altar de Jehová nuestro Dios. ¿No traspasó Acan, hijo de Zaré, el mandamiento del Señor, y su ira cayó sobre todo el pueblo de Israel, y este hombre no murió solo por su pecado?»

Los hijos de Ruben, de Gad y los de la media tribu de Manassés respondieron á los príncipes de la legación de Israel: «¡El Dios de los dioses es Jehová! El Dios de los dioses Jehová lo sabe, y también lo sabrá Israel. Si con ánimo de rebelión hemos levantado este altar, no nos ampare, sino que nos castigue desde ahora. Si lo hemos hecho con el designio de ofrecer sobre él holocaustos, sacrificios y víctimas pacíficas, él mismo nos lo demande y lo juzgue. Os declaramos que lo hemos hecho mirando al porvenir, y diciendo: Mañana vuestros hijos dirán á los nuestros: ¿Qué teneis vosotros con Jehová, Dios de Israel? Hijos de Ruben y de Gad, Jehová puso el río Jordán por término entre nosotros y vosotros; y por tanto, no teneis parte en Jehová, y así vuestros hijos harán cesar el temor de Jehová entre los nuestros. Y hemos dicho: Edifiquémonos un altar, no para ofrecer holocaustos, ni víctimas pacíficas, sino para